

CAPITULO XIII.

Pilar concluye su historia.

—Rossi realizó su amenaza:—Prosiguió Pilar siempre conmovida.—No era dueña de dar un solo paso sin que al instante no le tuviera cerca de mí, unas veces suplicando, otras amenazándome. Mi inquietud y mis temores crecían por momentos, al ver que me era imposible libertarme de aquel hombre que se había constituido en vigilante continuo de mis acciones.

¡Ah!.... mi vida desde entonces fué una cadena no interrumpida de sustos y de sabores....!

Salía de casa con mil precauciones para no ser vista de aquel verdugo de mi tran-

quilidad; pero apenas me alejaba un poco, cuando de repente le veía aparecer como un sér brotado de la tierra.

Y aquel encuentro iba siempre seguido de exigencias, de insultos y de amenazas sin que se le olvidara nunca recordarme el despreciable papel que hacia á los ojos del hombre que se avergonzaba de haberme amado.

Sin embargo, lejos de alcanzar por tan inícuos medios palabra alguna dulce, arrojada por el miedo, mi corazón le odiaba cada vez mas, y mis labios se abrían siempre para expresar lo que el alma sentía.

De repente cambió completamente la escena.

Rossi había desaparecido de la calle.

Mi corazón fué recobrando poco á poco su tranquilidad, aunque enlutado por la tristeza que vertió en su fondo la fatal noticia de que había muerto en el alma de D. Antonio la compasión para mí!....

Ocho dias trascurridos de esta manera, me hicieron creer que Rossi había salido de la ciudad.

Un sábado por la tarde, poco antes del toque de oraciones, me envió la señora por una mantilla que habia comprado en una tienda: al llegar yo, los dependientes estaban ocupados, y tuve que esperar un rato bastante largo para que me despacharan.

Cuando salí del establecimiento empezaba á oscurecerse.

Yo, poco acostumbrada á andar sola de noche, apresuré el paso para llegar pronto á casa.

Hacia tiempo que no veia á Rossi, y sin embargo, en aquel instante me parecia que me iba á encontrar con él.

Dominada por esta idea que no se apartaba de mí, marchaba sobresaltada, mirando por todas partes, pero sin que nadie me siguiera.

Así llegué hasta la calle que daba vuelta á la en que yo vivia, cuando al volver la esquina y pasar junto á la puerta de la primera casa, me ví arrastrada al zaguán que estaba oscuro, por un brazo de hierro de un hombre que estaba oculto.

Yo quise gritar; pero en el instante mis-

mo sentí tapada mi boca con una de las manos de aquel hombre, mientras que con la otra vibraba un puñal sobre mi pecho.

“Se creia vd. segura de mí, me dijo con voz de trueno y brillando sus ojos en las sombras como dos áscuas de fuego, porque habia desaparecido de la calle; pero no: yo habia jurado vengarme de los últimos desprecios, y para conseguirlo quise inspirar esa confianza que hoy la coloca á vd. en mi poder. Pilar, este es el instante solemne en que va vd. á escoger su esposo ó su asesino; la mano misma que ve vd. pronta á descargar el puñal sobre su pecho á una negativa, se abrirá desarmada á la mas ligera palabra benévola: responda vd., pues, ¿quiere vd. mi apellido ó su muerte?”

Y al decir esto me dejó libre la boca, aunque asiéndome del brazo para que no huyera. ¡Socorro!... ¡que me asesinan!... grité yo en cuanto pude hacer uso de la palabra, y al mismo tiempo sentí descargar el puñal tres veces sobre mí con terrible fuerza, haciéndome rodar por el suelo.

Rossi, pues no era otro el hombre, salió

entonces á la calle creyendo haberme asesinado.

Yo, al notar su fuga, me tenté por todas partes para ver si encontraba sangre; pero nada sentí: entonces mas serena, examiné la ropa, y advertí agujerado casi en un mismo sitio mi rebozo por tres puñaladas; pero precisamente en la parte que ocultaba la caja en que llevaba la mantilla: la caja, pues, me habia salvado: la caja habia sido el instrumento de que la Providencia echó mano para salvar mi vida.

Entonces me levanté prontamente: salí á la calle sin comprender lo que me pasaba; y dominada por un terror indecible, crucé en un solo instante la distancia que me separaba de mi casa: subí la escalera con la velocidad que presta el miedo, volviendo siempre la cabeza para ver si me seguian: entregué á la señora la mantilla, sin poder articular palabra, y luego, sin esperar orden ninguna, penetré en mi cuarto, caí de rodillas á los piés de una imágen de los Dolores, y con voz débil y temblando toda, elevé una oracion de gracias á la Madre de Dios que

me habia salvado de una muerte horrosa.

Entregada estaba despues de aquel acto religioso, á mis ideas de terror, de espanto, de abandono y de amargo porvenir, cuando se presentó en mi cuarto la señora. Al verla, procuré serenarme, y traté de ocultar en mi corazon el miedo de que estaba dominada.

—Tal vez habia visto los golpes de puñal en la caja de la mantilla.

—No, D. Enrique: el asunto que la conducia á mi presencia, era el mismo que algun tiempo antes me habia propuesto.

—¡Cómo!...

—Pilar, me dijo con la bondad de una madre: negocios de gran interes reclaman mi presencia en la hacienda que tengo en Leon: el administrador me suplica vaya lo mas pronto posible, y partiré dentro de veinte dias: vd., en quien veo talento y honradez, queda encargada de esta casa durante mi ausencia: ya he puesto en conocimiento de mis criados mis nuevas disposiciones, y todos reconocen á vd. como á la persona

que queda desempeñando mis veces. Sin embargo, antes de partir, quisiera saber cómo piensa vd. sobre un asunto de que hablé á vd. hace algun tiempo. Pedro me ha vuelto á suplicar vea á vd. por la última vez, y solo por complacer á un fiel servidor que se ha criado en casa, y cuya honradez y cariño hácia mí aprecio en mucho, me atrevo á reiterar ahora la pregunta que entonces hice.

—¿Por supuesto que la contestacion de vd. fué la misma que alcanzó la vez primera que se tocó ese negocio?

—¿Cree vd., amigo mio, que las circunstancias eran las mismas? No, D. Enrique: yo recorrí en un instante la historia de mi triste porvenir y mi pasado: veía al hombre de quien habia soñado ser mil veces, maldiciendo mi nombre, avergonzado de haber puesto su amor en una mujer cuya desgracia calificaba de crimen, acusándome de haber faltado á mis deberes; de haber olvidado mis principios, renegado de mis virtudes y arrojado en el fango mi amor y mi ternura, mientras por otra parte deseubria al

vengativo Rossi siguiendo mis pasos, acechando mis acciones, y amenazándome siempre con el puñal levantado para darme la muerte.

—¡Situación crítica por cierto!....

—¡Ah!.... ¡sí, mucho, D. Enrique!....

Despreciada del sér único cuya compasion hubiera embalsamado mis penas; alejada de un padre anciano cuyo paradero ignoraba; privada del apoyo de un hermano, cuya muerte me habia anunciado mil veces mi présago corazon, yo me consideré sola en el mundo; acéfala para siempre de la esfera social en que habia nacido, como una perla manchada que arranca el lapidario del círculo de las de nítido esmalte, y la sepulta entre las falsas ó de ningun valor.

—Continuad, continuad, por Dios.

—Afectada ademas, como me hallaba, por el funesto acontecimiento de aquella noche; sin esperanza en el futuro, cuyo horizonte se presentaba negro á mis ojos; expuesta á perder por cualquiera calumnia de mi implacable enemigo mi destino, quedand

do expuesta de nuevo á la miseria y el hambre; y convencida al mismo tiempo de que tan luego como el sardo supiese el milagro por el cual me habia salvado, volveria de nuevo á sus persecuciones, medité un instante, y conocí que para salvarme de las asechanzas del infernal italiano, era preciso hacer el sacrificio de mi corazón. Habia perdido todo en el mundo, y no quise renunciar á la tranquilidad, al consuelo de tener un defensor.

—¡Qué escucho, Dios mio!.... ¡qué escuchó!....

Exclamó Enrique abrumado con el peso de aquellas palabras, y dejando caer la cabeza sobre el pecho, con las señales del mayor abatimiento.

—¡Ah!.... ¡qué me quedaba que hacer en mi lugar!.... Cierto es que no podia halagarme la desigual union con que se me brindaba; pero conocí que, en el estado extremo á que me habian arrastrado mis desgracias, mi deber y mi conveniencia, me dictaban buscarse un escudo, á cuya sombra fuera en lo sucesivo menos desdichada.

La educacion de Pedro era tosca; pero habia notado en él cierto respeto y consideraciones hácia mí, que le realizaban á mis ojos: su honradez era una recomendacion que hacia desaparecer su descuidado lenguaje, y el cariño que manifestaba á mí bienhechora, el mas poderoso agente para vencer mi repugnancia.

—¿Es decir que condescendió vd?

—Sí, D. Enrique: á los quince días de aquel diálogo, era esposa de Pedro.

—Y ese hombre es,....

—El mismo que hoy gime preso en la Acordada.

Enrique dejó escapar una exclamacion de asombro.

—¿Pero como se operó ese cambio en su conducta, para venir á parar al sitio de los malhechores?

—Lo ignoro. Solo sé que á pocos días de estar de vuelta de su viaje la señora, acertó á pasar por allí Rossi, de quien vi era amigo: le hizo pasar y me presentó á él, diciéndole que se habia unido á mí; Rossi, al ver-

me, se sorprendió, pero disimuló su emoción, lo mismo que disimulé yo el horror que me causaba su presencia.

—¡Fatal casualidad!

—Desde entonces no dejó de visitarme un solo día el pérfido sardo, pretendiendo llevar adelante sus infernales pretensiones acerca de mí. Sin embargo, para evitar sus siniestras miras, fingió con Pedro una amistad hácia él, íntima y desinteresada: á puro hablar de igualdad y de grandeza, logró despertar en su corazón ideas ambiciosas; anheló por salir de la humilde esfera en que estaba obligado á vivir: desde entonces desapareció la tranquilidad del corazón de Pedro. Una noche me dijo que tenía que velar á un amigo moribundo, y se quedó fuera de casa. Al día siguiente corrió la voz de un gran robo cometido en una casa fuerte de comercio. Pocas semanas despues, me dijo estas palabras: “Pilar, ha cambiado mi suerte, y es preciso que también cambie nuestra posición: he sacado un premio en la lotería, y quiero que vivamos independientes: ya he tomado una casita en el

Puente de la Leña, donde viviremos sin servir á déspotas amos.

—¿Era tal vez el autor del robo?

—Ahora lo verá vd. Tres días hacia que vivíamos en la nueva habitación, cuando cuatro agentes de policía entraron á registrar la casa, y preguntando por Pedro, que por fortuna acababa de salir en aquel instante.

—¿Y encontraron algo?

—Nada, absolutamente nada.

—¿Luego eran injustas las sospechas?

—No, D. Enrique; eran justísimas. Mi esposo había sospechado algo, y se puso en salvo. Esto lo he sabido despues por una carta que me escribió desde Tampico, en cuya costa andaba con otros seis, cometiendo toda clase de robos, hasta que cayó en manos de la justicia, y fué conducido al triste sitio en que se encuentra.

—¿Y Rossi?

—Rossi continuó visitándome con mas empeño que nunca, á pesar de los continuos desaires que de mí recibía.

—¿Pero cómo vivió vd. en todo ese tiempo en que Pedro andaba errante?

—Ayudando á planchar y lavar á una vecina lavandera, que preferia mi trabajo al de otras mujeres que hasta entonces habia tenido.

—¿Cuánto ha sufrido vd!

—¡Mucho, D. Enrique, mucho!....

—¿Y ama vd. á su esposo?

—Deseo su felicidad tanto como la mia.

—¿Y cree vd. que si se viera libre, entraria de nuevo en la senda de la virtud?

—Sí, señor; él es bueno: tiene un corazon noble, y sobre todo, oye con docilidad los consejos de las personas que, como vd., reúnen al recto juicio y al talento, un corazon magnánimo.

—No trascurrirá mucho tiempo, sin que Pedro se encuentre libre y dichoso al lado de vd.

—¿Será posible?

Exclamó Pilar inundada de alegría.

—Estoy seguro. La suerte de vd. y la suya, corre de mi cuenta.

—¡Gracias, D. Enrique!... ¡Ah!... ¡cómo pagar tanta generosidad!...

—Deje vd. de reconocimientos, y llévele vd. la consoladora noticia de que voy á trabajar por conseguir su libertad.

—En el momento mismo. Precisamente es la hora de llevarle la comida. ¿Y qué noticia me da vd. de mi querido padre, vd. que siempre me habla de él?

—Que le verá vd. muy pronto.

—¡Ah!.... ¿es posible?....

Exclamó alborozada de placer la jóven.

—Sí, hermosa Pilar.

—¿Cuándo?

—Tan pronto como Pedro salga de la Acordada. Y no quiero que sea antes, para evitar el disgusto de ver á su hija enlazada á una persona que se ha olvidado de sus deberes. Cuando esté libre, le haremos creer que es un artesano, y así su sentimiento en verla á vd. unida á un hombre humilde, será menos doloroso.

—Sí.... tiene vd. razon.

—Adios, Pilar.

—Adios D. Enrique.

Y éste se alejó, resuelto á dar los pasos necesarios para conseguir lo que acababa de prometer.

Pilar dispuso la comida para Pedro, y poco despues se dirijia hácia la Acordada, llena de placer y de regocijo con la grata esperanza de ver muy en breve libre á su esposo, y de abrazar á su querido padre.

CAPITULO XIV.

Vivir haciendo el mal.

La primer diligencia de Rossi al desmontar de su caballo, fué visitar á los mas adictos partidarios de Guerrero, haciéndoles creer que venia á trabajar por el triunfo de la causa federal.

Para mas deslumbrarles y ocultar las verdaderas miras que le habian llevado á México, les convocó á varias reuniones en su casa, donde se trataba de los medios mas eficaces de derrocar al gobierno de Bustamante, ganando algunos batallones y pronunciándose en la capital.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Una vez seguro del buen éxito de su fingido patriotismo, se dirigió secretamente al ministro de la guerra, Facio, y le propuso poner en manos del gobierno al general Guerrerro, único por quien aun se mantenía viva la revolucion en el Sur, si le daban la cantidad de cincuenta mil duros, que era la suma en que habia quedado de acuerdo con Picaluga.

Facio se sorprendió con aquella inesperada proposicion, y miró á Rossi con horror, aunque como á instrumento útil para la marcha de la cosa pública.

El sardo leyó el efecto que habia causado con sus palabras, pero convencido de que ante la utilidad, los gobiernos lo olvidan todo, añadió con firmeza.

—Sé que se trabaja sordamente en México por la causa del general Guerrero: sé tambien, que mientras él esté apoderado de Acapulco, se escasearán sus recursos, por ser aquel puerto uno de los principales de la República; y sé al mismo tiempo, que si el gobierno hace el ligero sacrificio de esa insignificante cantidad, la revolucion ter-

minará en cuanto deje de figurar el hombre que la acaudilla.

—Bien; haré presente á mis compañeros la proposicion de vd., y en vista de lo que digan, le resolveré á vd. mañana mismo.

—Muy bien.

Rossi quedó en volver al siguiente dia, y entretanto se dirigió á casa de Pilar.

Al llegar á la plazuela de San Sebastian, vió salir á Enrique de la accesoria de la jóven y dirigirse en rumbo opuesto al que él traía.

—¡Siempre anda este huron por aquí!— dijo interiormente Rossi.—¡Ya veo que no pierde el tiempo mientras el otro está encerrado....! No, pues es preciso que yo tambien deje de hacer el oso y el colegial, antes de abandonar el país, como tendré que hacerlo, si nos dan los consabidos cincuenta mil: es de todo punto indispensable que alcance las caricias de la mujer que me ha llenado de desaires y desprecios. Vengo dispuesto á todo si me escucha benigna, le perdono sus pasados agravios; pero si continúa en su sistema de esquivéz, la car-

ta que traigo escrita para Pedro, despertará en éste sospechas que me vengarán cumplidamente.

Y al decir esto, cruzó la plazuela y penetró en la accesoria, cuando Pilar colocaba la comida en la canasta, para llevarla á la Acordada.

—Siempre llevo—dijo Rossi—cuando se dispone vd. á salir de casa.

—Yo no tengo la culpa de que vd. elija la hora destinada al desempeño de una obligacion indispensable, cual es la de llevar á mi esposo su alimento.

—Tiene vd. razon. Pero si elijo esa hora, es porque en las restantes del dia hay un individuo que acompaña á vd., y cuya conversacion prefiere vd. á la mia.

—¿Habla vd. de D. Enrique?

—Precisamente: desde que llegué de Acaapulco, no he logrado verla á vd. sola; siempre he tropezado con ese hombre, que será un santo, pero del cual no quedará muy contento Pedro, si alguno le llega á decir las frecuentes visitas que hace por consolar á su afligida mujer.

—Señor Rossi, Pedro lo sabe ya todo.

—¿Es posible?

—Yo misma se lo he contado: le he dicho que hay un hombre que se interesa por él....

—Y por vd.

Interrumpió Rossi.

Pilar le miró indignada, y continuó.

—Que se interesa por ambos, que disfruta del favor de los jueces, y que trabaja porque le pongan en libertad.

—Eso es ya muy difícil.

—Dentro de algunos dias se desengañará vd.

—¡Libre Pedro dentro de algunos dias!

—Estoy segura de ello.

—De esa manera se disminuirán las visitas del comun amigo y protector.

Dijo Rossi con intencion.

—Al contrario; entonces serán mas continuadas.

—Pilar—exclamó con seriedad el sardo—sabe vd. que detesto la hipocresía, y que me gusta marchar por el camino recto.

—¿Qué me quiere vd. dar á entender con eso?

—Que ama á vd. Enrique; que la proteccion hácia su marido, no es mas que un pretexto para entrar á ver á vd. salvando las apariencias, y por último, que yo estoy pronto á hacer creer ese trampantojo, siempre que me prometa vd. no desdeñar mi cariño.

Pilar le miró indignada, y contestó.

—Es vd. libre de pensar lo que guste; pero sea cual fuere la opinion que haya vd. formado de la amistad que me une á D. Enrique, esté vd. persuadido de que mi corazon hácia el que me arrancó del lado de mi padre, jamas cambiará, y que en él durara el odio tanto como la vida.

Y Pilar al decir esto, se dirigió á sacar del baul la servilleta para colocarla encima de la cesta.

Rossi, al verla de espaldas, se levantó sin hacer el menor ruido, sacó una carta que llevaba escrita, y colocándola con cuidado en la cesta, debajo de los platos, exclamó volviéndose á sentar con disimulo.

—Ya que no es para mí, que no sea para Enrique.

Pilar colocó la servilleta cubriendo la comida, y se dispuso á salir.

—¿Está vd. resuelta á sufrir las consecuencias de sus desprecios?

Preguntó Rossi levantándose de la silla y dirigiéndose á la calle.

—Lo estoy, Rossi.

—Adios.

—Adios.

Y Rossi se dirigió hácia su casa, mientras Pilar marchaba á la Acordada.

—¡Vayan noramala los amores!—exclamó el primero hablando consigo mismo.—He sido un nécio en perder el tiempo, tratando de vencer un corazon caprichoso: lo que me importa es ganar esos veinticinco mil duros, con los cuales sobrarán mujeres que se mueran por mis pedazos, y vengarme de los desaires que sin cesar me ha hecho. La carta, aunque lacónica, estoy seguro de que despertará las sospechas de Pedro, y que Pilar tendrá que verter mas de cuatro lá-

grimas, que le harán ver que no se desprecia impunemente á hombres de mi temple. Y Rossi entró á su casa, halagado con la esperanza de la cantidad que debia hacer su fortuna, y con la idea de su próxima venganza.

CAPITULO XV

Contrarios y caballeros.

Dejemos por un momento al preso, y á Pilar en direccion á la Acordada, y trasladémonos á las asperezas del Sur, para seguir los acontecimientos que tuvieron lugar entre Miguel y los que le perseguian.

Miguel, acompañado del leal indio Pablo, al verse dentro de la casa cuya puerta le habia abierto Juana, subió precipitadamente la escalera, con intencion de ganar la azotea, y defenderse allí hasta morir. Ya habian atravesado el corredor, cuando al cruzar por una espaciosa pieza donde apenas penetraba la luz por hallarse las venta-